

muestra cómo el dios Andahuiku es el mismísimo san Luis Beltrán (el más importante de los misioneros que actuaron durante la época colonial en la Sierra Nevada de Santa Marta), pues dicho santo es uno de los cuatro fundadores de los principales linajes coguis. Esta doble personalidad se debe a que, según la comunidad, el venerable sacerdote es por un lado un extranjero, un europeo, y por el otro un cogui, gente. Pero también es el intermediario, la persona vínculo entre la sociedad cogui y el resto de la sociedad. San Luis Beltrán es el dueño de cultivos foráneos, como el plátano y la caña, sin los cuales no habría fiestas y el mundo se acabaría.

El texto de Uribe puede generar varias lecturas distintas. Una, la del etnocentrismo propio de los coguis. Otra, la del sincretismo criticado por el autor. Una más, la de la contracultura. Pero, lo importante es que nos presenta una visión bastante dinámica de una cultura que desde la conquista española ha sabido "sobrevivir" ante las arremetidas de una sociedad mal llamada "mayor".

Así, el libro *Parques arqueológicos* de Colombia viene a consolidar un trabajo silencioso de dos instituciones: por un lado, el Instituto Colombiano de Antropología (Ican), que en sus últimas administraciones —las de Roberto Pineda Giraldo, Ana María Groot y Myriam Jimeno— ha puesto particular empeño en dar a conocer el inmenso caudal de las culturas indígenas colombianas tanto del presente como del pasado.

Efectivamente, a partir de la publicación del libro *Introducción a la Colombia amerindia* (1987), al cual siguió *Colombia prehispánica* (1989) y que continuó con el libro que hoy nos ocupa, así como con un buen número de trabajos intermedios: informes antropológicos, estudios de seminarios, etc., y con la tradicional aunque irregular Revista Colombiana de Antropología, el Instituto Colombiano de Antropología ha ido sacando a la luz pública, de forma cada vez más creciente, el resultado de pacientes y concienzudas investigaciones de antropólogos y arqueólogos. Por otro lado, y ya en el campo específico de la

arqueología, cabe señalar la labor adelantada por la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales (Fian) del Banco de la República, que además de financiar un buen número de investigaciones de carácter arqueológico ha realizado una importante labor divulgativa de tales pesquisas mediante una colección especializada. Ciertamente, buena parte de la bibliografía utilizada por los siete autores de *Parques arqueológicos* es producto de dichas publicaciones.

El libro que nos ocupa tiene una gran virtud: su lujosa edición le permite ser un texto que divinamente puede competir con otros del mismo formato y factura. Es, pues, conveniente felicitar a la directora del Instituto Colombiano de Antropología, antropóloga Myriam Jimeno, a las directivas del Banco del Comercio, en especial a su presidente Hugo Díaz Baez, que en buena hora acogieron la idea de celebrar sus 40 años de existencia con el apoyo financiero a tan hermoso libro, y a las personas encargadas de la parte editorial por tan cuidadoso y exitoso trabajo.

JOSÉ EDUARDO RUEDA ENCISO

"Las supersticiones son lo único que nos queda a los que no creemos en Dios"

Supersticiones y agüeros colombianos

Javier Ocampo López

El Ancora Editores, Bogotá, 1989, 310 págs., 7 ilustraciones.

Javier Ocampo López ha publicado varios libros, entre ellos *Las fiestas y el folclor en Colombia* (1984) y *Mitos colombianos* (1988), en los cuales, junto con el actual, se ha propuesto presentar y conocer la "mentalidad colectiva de los colombianos". Opta así por esa corriente histórico-psicológica cuyo interés radica en hacer

un estudio fenomenológico de la psicología de los pueblos encontrando sus inferencias interculturales, en este caso la influencia de los legados culturales europeos, africanos y asiáticos en su interrelación con la heredad cultural americana. Para ello escoge los conceptos que ha elaborado la disciplina antropológica en torno al cambio cultural, como son aculturación, endoculturación, transculturación, deculturación; sin embargo, el uso que el autor hace de ellos no es muy preciso. Por ejemplo, por endoculturación entiende "como el proceso educativo en que la sociedad dominada tiene que asimilar la cultura de la sociedad dominante" (pág. 57); esto sería más bien un proceso de exoculturación, puesto que el concepto de endoculturación hace referencia a los transcurros propios y autónomos de gestación de cultura en los cuales no se da en sentido estricto un "proceso educativo" o pedagógico. De igual manera



considera, al igual que otros investigadores, que, a causa de la persistencia de supersticiones y agüeros ampliamente reseñados por él desde la época prehispánica, pasando por la colonia hasta la actualidad en las diferentes regiones de Colombia, es decisiva la lentitud de los procesos de cambio debida en gran parte "a la resistencia ejercida por las mentalidades tradicionales instaladas, que bloquean o suspenden las tomas de conciencia. En estas mentalidades colectivas tradicionales se presenta una estructura histórica de larga duración con existencia propia, la cual no permite un sincronismo con la evolución de las estructuras económicas y sociales" (pág. 256).

Para el autor las supersticiones y agüeros, que influyen en todos los espacios y temporizaciones del acontecer cotidiano de la vida cultural, no sólo de Colombia sino en general de América, son producto de la "mentalidad primitiva de los pueblos" (pág. 255, subrayado por el autor), la cual se encuentra "no solamente en los pueblos primitivos sino también en los grupos iletrados de los países civilizados y aun en las demás clases y grupos sociales" (pág. 255). Sin embargo, algo curioso acontece en su libro: él, que no es propiamente un "iletrado", realiza un giro intempestivo, al finalizar su libro, con el anexo titulado "Cartomancia. El arte de echar las cartas". Allí expone con propiedad erudita "una de las formas más utilizadas para adivinar el porvenir" (pág. 257), diferenciándola de otras, que sí considera como supersticiones o agüeros y que también adivinan el porvenir, como el canto de las gallinas en el Chocó o la lectura de los fenómenos atmosféricos en otras regiones de Colombia. Es obvio que el canto de las gallinas no implica la conjunción sintáctica de posibilidades y probabilidades aleatorias de una "echada de cartas" en torno a las posibles lecturas combinatorias que se pueden dar como variantes estructuradas en las formas: "la cruz de San Andrés", "la gran pirámide" o "la gran estrella". El canto de las gallinas sólo da una lectura de certeza anunciando desgracia o la muerte de alguien cercano, con la posibilidad de anular ese augurio al matar de inmediato a la gallina; esto para el autor es un agüero y superstición, tal vez por no tener la característica de corresponder a una "pauta mundial", que sí tiene la cartomancia, en particular la presentada por él en la lectura de la baraja española a partir del entrecruzamiento aleatorio y secuencial entre las figuras con valoración numérica de as a rey y su clasificación en oros, copas, espadas y bastos, y según su emergencia configurativa "al derecho" o "al revés" al tomar una de las cartas como punto de referencia. De acuerdo con su erudición, que nos hace pensar que el autor es un asiduo practicante de este arte, presenta un ejemplo de esta combinatoria en la que es posible

pronosticar algo tan actual como el sida: si se toma como referencia la *sota de oros* en emergencia "al revés", su significación, según Javier Ocampo, es: "Un regalo excesivo, muy llamativo, crea incomodidad y no se sabe cómo retribuirlo. Predice inundaciones. También muestra enfermedad, adquirida en el abuso en los placeres del amor. Cerca del *dos de copas* indica escándalo. Cerca del *ocho de espadas*, indica enfermedad vergonzosa (sida u otras)" (pág. 263).

¿Será que las supersticiones son tan fuertes que afectan aun a quien en forma incrédula elabora un libro para hablar de ellas como producto de "mentalidades primitivas", volviéndolo crédulo de aquellas prácticas en las que se encuentra una "pauta mundial"? ¿O es que, justamente contrario a la posibilidad semántica peyorativa, el sentido común, hablar de supersticiones y augurios no es más que una redundancia de sentidos, puesto que superstición no es más que aquello que indica algo que sobrevive de saberes ancestrales y milenarios en los cuales se inscriben los augurios (agüeros) y presagios que constituyen algo decible de lo visible, ya sea en el canto de una gallina y en la configuración azarosa de una "echada de cartas"? Respecto a esta última inquietud, es interesante recordar lo dicho por Gabriel García Márquez en su entrevista con Plinio Apuleyo Mendoza: "Creo que las supersticiones —o lo que llaman supersticiones— pueden corresponder a facultades naturales que un pensamiento racionalista, como el que domina en occidente, ha resuelto



repudiar", después de afirmar que "las supersticiones son lo único que nos queda a los que no creemos en Dios" (*El olor de la guayaba*, Oveja Negra, Bogotá, 1982, pág. 119).

WILLIAM TORRES C.

La tradición afroamericana

Las claves mágicas de América
(raza, clase, cultura)

Manuel Zapata Olivella

Plaza y Janés, Bogotá, 1989, 180 págs.

No existe en Colombia una tradición sobre estudios afroamericanos, como la que pueden mostrar Brasil y Cuba, entre otros países de América Latina y el Caribe, con obras tan monumentales como la de Gilberto Freyre (*Casa grande e senzala* [*Casa grande y choza*], 1933) o la de Fernando Ortiz (*Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, 1940). Los estudios sobre el negro en Colombia apenas comenzaron a apuntar con las publicaciones de Aquiles Escalante, en la década de los cincuenta, y en fecha más reciente, con los trabajos de Nina de Friedemann y de Jaime Arocha. A esta corriente apenas inicial, se añade ahora el libro del antropólogo y literato Manuel Zapata Olivella, un antiguo militante de la valoración de la cultura afroamericana.

Este vacío corresponde a la pauta de lento desenvolvimiento de las ciencias sociales en Colombia, y a una historia que fue muy presa de todos los dogmas del espíritu finisecular propio del momento de la expedición de la Constitución de 1886: una nación blanca o mestiza, con fuerte herencia castellana, con una sola lengua, una herencia común y una religión dominante, la católica. Una historia narrada desde el punto de vista del conquistador, primero, y luego sellada